

EVOLUCIONISMO, TEODICEA Y DISEÑO INTELIGENTE

Por Felipe Aizpún

La entrevista

El 6 de mayo de 2010 publicaba el diario madrileño ABC una entrevista con el biólogo español Francisco J. Ayala con ocasión de recibir el premio anual otorgado por la fundación Templeton, y en la que entre otras cosas decía lo siguiente:

Entrevista realizada al biólogo Francisco J. Ayala
Diario ABC, Madrid, 6 de Mayo de 2010
Entrevista: A. Grau, Nueva York

-Usted ha recibido muchos premios y reconocimientos en EEUU por su lucha sin cuartel contra el llamado creacionismo. ¿De donde saca su fuerza este movimiento?

-En realidad de poca gente. De los cinco o siete científicos a sueldo del Discovery Institute, sólo uno es bioquímico profesional, el resto vienen de las ciencias sociales. Ni siquiera es una cuestión de convicciones. Me consta que ellos no creen lo que dicen.

-Pero otra gente sí.

-Sí, hay gente que lo cree de buena fe, del mismo modo que toman la Biblia en un sentido literal, ingenuamente. El creacionismo es la mayor aberración que se puede concebir no ya para la ciencia sino para la fe. Es una barbaridad que trata de resolver el reto de la teodicea, es decir, de cómo conciliar la existencia del mal en el mundo con la de Dios, echándole a Dios la culpa de todo lo que va mal. Que no otra cosa es el diseño inteligente.

-Porque el mundo está mal diseñado.

-No puedo concebir nada más desastroso para la religión que el diseño inteligente. Según sus promotores Dios sería el responsable de los tsunamis, del terremoto de Haití, de las erupciones del Vesubio. Los defectos genéticos serían un castigo de Dios, así como la crueldad de la Naturaleza y de todo el mundo viviente. ¿Sabía usted que el 20 por ciento de los embarazos se malogran antes del tercer mes porque el canal de natalidad humano es muy imperfecto? ¿Y le parece a usted serio considerar que 20 millones de abortos al año pueden ser culpa de Dios?

-

Estas palabras de Ayala han inspirado el presente artículo. Estas declaraciones resultaban impactantes por distintos motivos. Por un lado por la impecable falsedad de la mayoría de sus afirmaciones y la impudicia con la que eran vertidas. Por otro lado, por cuanto que suponía un abuso de autoridad moral sobre los lectores de ABC, no suficientemente introducidos en el debate en cuestión, y una manipulación interesada al servicio de los propósitos naturalistas y pseudo-religiosos que han caracterizado siempre la labor de Ayala. Además, su publicación suponía un ejercicio de sumisión intelectual por parte de la Dirección del periódico al dictado omnipotente del lobby darwinista, descuidando su obligación de velar por el derecho prioritario de sus lectores a recibir una información contrastadamente veraz y honesta sobre un asunto de la máxima importancia y plena actualidad, objeto de debate vivo y enriquecedor en muchos foros a lo largo de todo el mundo.

Estas frases recogen de manera abrupta y confusa lo que constituye un argumento recurrente entre las filas del evolucionismo ideológico y más concretamente del neo-darwinismo, y del que Ayala es principal aunque no único proponente. Ayala ha desarrollado esta línea argumental en múltiples escritos y declaraciones, aunque es en su libro publicado en español con el título "Darwin y el Diseño Inteligente, creacionismo, cristianismo y evolución" (Alianza Editorial 2007) donde se recoge de forma más detallada y completa. Básicamente el argumento se puede desdoblar en dos. Una parte se refiere al análisis moral de la idea del mal y el problema de la teodicea que pretende conjugar en términos teológicos la idea del sufrimiento humano con la existencia de un Dios omnipotente y amoroso. La otra trataría del argumento que pretende desmontar la inferencia de diseño en la Naturaleza alegando la existencia en el mundo de los seres vivos de anomalías o imperfecciones que difícilmente podrían ser invocadas como la obra de un diseñador inteligente. Los argumentos se presentan a menudo de forma conjunta, entrelazados, como si unos y otros se apoyaran y se reforzaran mutuamente en un ejercicio nada casual de confusión. Sin embargo, merecen consideraciones independientes por lo que vamos a estudiarlos por separado y por su orden. Nos ocuparemos en primer lugar del argumento de los diseños imperfectos.

El argumento de los diseños imperfectos

Uno de los argumentos favoritos de Ayala, Dawkins, Ruse y otros conspicuos darwinistas para refutar las inferencias de diseño es la existencia en la Naturaleza de multitud de caracteres o formas biológicas aparentemente "mal diseñadas". Se trataría de soluciones morfológicas imperfectas o incluso contradictorias en el marco de una estructura funcional biológica determinada cuya falta de acomodo al cuadro general del organismo al que pertenecen parecería lógicamente poder explicarse mejor como un evento evolutivo que no como consecuencia de un diseño específico. Este tipo de ejemplos se proponen como un argumento capaz por sí solo de refutar las inferencias de un diseñador inteligente.

Ejemplos de este tipo de deficiencias se proponen en diferentes organismos del reino animal, y en concreto por lo que concierne al ser humano se proponen varios de ellos. Uno es la retina del ojo humano que se propugna como mal diseñada al estar invertida con relación a la posición supuestamente óptima para garantizar una mejor visión. Otro ejemplo reivindicado por Ayala repetidamente sería el diseño imperfecto de la columna vertebral, posible indicador del origen cuadrúpedo de nuestros ancestros biológicos. Un ejemplo paradigmático, repetido hasta la saciedad por Ayala, sería la estrechez del cuello uterino de la mujer, motivo según él de que un 20 % de todos los embarazos resulten en abortos espontáneos consecuencia de dicha malformación, lo que de ser cierto supondría que achacar a un diseñador tan imperfecta solución implicaría hacerlo responsable moral de las desgracias así ocasionadas. Este argumento acumula la crítica por el defecto o imperfección en el diseño con el problema de la teodicea.

Lo primero que es preciso reseñar es que el DI no es una propuesta fijista que pretenda que los organismos vivos son estructuras biológicas funcionales objeto de una creación específica desde la nada que hayan permanecido inamovibles a lo largo del tiempo, desde el instante de su aparición. Si así fuera, efectivamente el argumento de los imperfectos diseños en la Naturaleza sería un serio contrincante al que desafiar. Por el contrario nada hay en el DI que suscite preocupación o disonancia frente a la existencia entre los organismos vivos de tales aparentes imperfecciones. Lo que el DI propugna es que algunos organismos, o algunas de las características de dichos organismos, por ejemplo la complejidad irreducible de muchos de ellos, exigen una justificación causal que trasciende las posibilidades de la causalidad natural puramente fortuita; razonablemente, un diseñador inteligente.

Dicho agente inteligente podría haber actuado de muy diversas formas, por supuesto también mediante la creación directa aunque no necesariamente, y puede haber actuado también a través de causas intermedias mediante procesos de complejificación progresiva apoyándose en organismos antecesores. Esto último no implica tampoco que la idea de un antecesor común único para todas las formas vivas deba ser contemplada como una opción necesaria. Existen tanto evidencias u observaciones que apuntan a la existencia de procesos evolutivos entre organismos conectados por rasgos de familiaridad muy llamativos como ejemplos de organismos cuya itinerario evolutivo resulta imposible de establecer de forma verosímil.

El DI nada pretende concluir en una investigación que se considera perfectamente abierta. Las intuiciones que apuntan a la idea de la ascendencia común son tan legítimas como las que discrepan del modelo arborescente del árbol de la vida darwiniano, y ambas posturas conviven pacíficamente en el seno de la comunidad del DI. Lo que postula el DI es que la complejidad y el necesario input informacional que sostiene la aparición de las novedades morfológicas (filogenia) así como el desarrollo embrionario (ontogenia) y la actividad biológica de los organismos vivos en general no pueden ser producto del azar y la necesidad. Las aparentes imperfecciones de algunos organismos

nada pueden rebatir al respecto ya que el DI nada propugna en relación a la intención en términos de perfección morfológica del diseño creador de la causa inteligente. Ni siquiera establece la necesidad o coherencia de un valor objetivo específico de perfección o progreso morfológico como una limitación exigible a dicha causa. Ésta puede haber actuado en el marco de un amplio abanico de posibilidades combinatorias de factores, en donde se conjuguen la voluntad eficaz, el modelo idealmente concebido, y un proceso aleatorio de factores estrictamente naturales operando al unísono. Nada podemos saber además de su propósito concreto al obrar ni del objetivo buscado en la conformación de los distintos organismos vivos. Sabemos que todo agente inteligente se mueve en un proceso intencional, pero desconocemos el contenido concreto de dichas intenciones.

Pero aunque el argumento es esencialmente filosófico, la idea de un diseño imperfecto se sustenta sobre el análisis científico de la realidad. Y este análisis científico puede presentar a su vez, o bien perspectivas equivocadas, o simplemente enunciados que implican afirmaciones no suficientemente contrastadas. Es necesario recordar que la idea de la existencia de organismos aparentemente imperfectos ya había sido señalada hace 200 años por el gran precursor moderno de la idea de DI, el teólogo inglés William Paley, alegando que tales muestras de imperfección eran de poco peso en relación a la grandeza de la perfección formal y funcional de los organismos vivos en general; un argumento que no ha perdido contundencia con el paso del tiempo. Ayala se hace eco de este comentario de Paley pero ataca su argumento reivindicando que cualquier imperfección debe ser tomada por muestra de la falta o ausencia de un diseñador omnisciente y omnipotente. Esta crítica de Ayala no se sostiene en términos estrictamente darwinistas ya que pretende invertir el sentido razonable de la carga de la prueba. Basta con recordar una de las más conocidas frases de Charles Darwin, en la que subrayaba que si un sólo organismo se resistiera a ser explicado por su propuesta evolucionista, toda su teoría sería completamente falsa. Es evidente que un sólo organismo que pareciese exigir el concurso de un diseñador-creador, por resultar de imposible justificación en términos estrictamente naturalistas, haría que la inferencia de diseño resultase legítima.

Paley no duda en afirmar que la apariencia de imperfección en el diseño de algunos órganos puede deberse a un insuficiente conocimiento del funcionamiento de los mismos, una reflexión similar a la que debemos hacernos frente a ciertos órganos considerados vestigiales e inservibles. A menudo, con el avance de la ciencia se ha descubierto su utilidad, siendo el caso más paradigmático de este tipo de cuestiones el descubrimiento del papel esencial en el proceso de la vida del hasta hace poco considerado como ADN "basura". Bien puede decirse en estos casos que la consideración de un determinado diseño como imperfecto, puede ser, simplemente, un argumento desde la ignorancia. Las supuestas imperfecciones pueden con el tiempo ir resultando del mayor interés y eficacia para el correcto funcionamiento de los mismos.

Uno de los ejemplos más emblemáticos es el caso del ojo humano y la reivindicación vociferada hasta el aburrimiento por parte de los defensores del darwinismo, y muy notablemente de uno de sus más conspicuos representantes Richard Dawkins, del defectuoso diseño de la retina. Así como es de brillante el aparente diseño del ojo humano, muestra sin embargo en su origen una flagrante imperfección: la retina no está en su sitio ideal. Las fibras nerviosas que transportan las señales desde los conos y los bastones de los ojos (que perciben sensorialmente la luz y el color) están dispuestas en la parte superior del ojo, y tienen que zambullirse por un largo agujero de la retina para llegar al cerebro, originándose así un punto ciego. La posición natural de la retina está invertida. Ningún diseñador inteligente habría creado una cámara de video mediante un plan tan chapucero, se nos dice.

Pero esta impresión puede resultar desacertada. He aquí que en 2007 se publica un estudio (Universidad de Cambridge, Kristian Franze y otros) que revela que el diseño aparentemente imperfecto ofrece, sin embargo, importantes ventajas que mejoran la calidad de la visión como consecuencia del papel que juegan las llamadas células Müller en el conjunto del sistema. El darwinista Ken Miller se apresuró a explicar que tales ventajas no eran en sí mismas pruebas suficientes para invocar que dicho diseño no fuera inadecuado y que la posición de la retina supusiera por sí misma una ventaja. Sin embargo, nuevos estudios llevados a cabo en 2010 por Labin y Ribak (Israel Institute of Technology, Haifa) parecen ser más concluyentes al respecto. Según estos investigadores la forma en que la luz es guiada a través de la retina es un mecanismo eficaz y biológicamente apropiado para mejorar la resolución del ojo y reducir las distorsiones cromáticas. Las capas nucleares de la retina, consideradas una fuente de distorsión, en realidad mejoran y refuerzan la precisión visual. Los autores afirman sin recato que "la retina se revela como una estructura óptima diseñada para mejorar la agudeza de las imágenes". Si el ojo humano constituía desde siempre uno de los iconos de las reivindicaciones de diseño en la Naturaleza, no cabe duda de que los últimos estudios no hacen sino acrecentar dicha sospecha. Bien que ésta no pueda nunca, por la propia naturaleza epistemológica del razonamiento abductivo, resultar concluyente, lo que es indudable es que la supuesta imperfección de diseño derivada de la posición invertida de la retina ha dejado de ser un argumento relevante para los detractores del DI.

El discurso más repetido y alarmante que hace Ayala es la reivindicación de que un 20% de los embarazos se malogran como consecuencia del defectuoso diseño del cuello uterino de la mujer, y ello constituiría una prueba evidente de la ausencia de un diseñador. Una vez más es necesario comprender que nos encontramos ante un ejercicio de manipulación que es preciso denunciar. Desde un punto de vista estrictamente científico cabe decir que efectivamente, un porcentaje más o menos del nivel señalado de embarazos se malogran sin llegar a buen término, especialmente en los tres primeros meses del proceso. Hay una variedad de causas que pueden incidir en este fenómeno sin que exista una conclusión general o definitiva al respecto. En muchos casos existe un error en el proceso de fertilización que produce anomalías

cromosómicas. Se sabe también que hay una serie de causas que son factores de riesgo que pueden inducir el accidente: embarazos múltiples, edad avanzada de la madre, madre fumadora, diabetes no suficientemente tratada, ciertos medicamentos, ciertas infecciones etc. Este tipo de accidentes se dan igualmente entre las hembras de otras especies de mamíferos y constituye un episodio que podríamos considerar como "normal" en la dinámica de logro y frustración permanente que representa el proceso de la vida a todos los niveles.

Existe también por supuesto, un defecto anatómico conocido como estenosis del cuello uterino que se manifiesta como una estrechez exagerada del conducto y que por supuesto puede provocar la necesidad de una reproducción asistida en el momento del parto. Se trata de una malformación aleatoria como cualquier otra de las que se dan de forma regular entre los seres vivos sin que se pueda afirmar en ningún caso que represente en sí misma un diseño defectuoso generalizable a la especie humana. Lo llamativo de este argumento tan reiteradamente utilizado por los darwinistas no es tanto que se trate de una manipulación dirigida a personas no expertas (algo a lo que ya nos tienen acostumbrados), sino que se trata en todo caso de un argumento ideal para oponer a las reivindicaciones de un proceso de evolución darwinista. En efecto, una mutación fortuita que implicase un diseño defectuoso de los órganos de reproducción no puede sino disminuir la capacidad de generar vástagos de los individuos afectados por la mutación. Dicha variante, en estricta lógica darwiniana, no podría nunca haberse generalizado en el seno de una población en base a su mayor éxito reproductivo como preconiza la ortodoxia.

El argumento de la teodicea

Como ya hemos señalado, Ayala ha desarrollado principalmente su argumento en torno a la teodicea en el libro publicado en castellano como "Darwin y el Diseño Inteligente". Este libro ha sido celebrado por muchas personas bienintencionadas como una verdadera muestra de conciliación sincera, por parte de un sector de darwinistas conocidos como "acomodacionistas", de las ideas evolucionistas y las creencias religiosas. Una prueba de buena fe y de armonización respetuosa hacia convicciones cuyo sentido trascendente no debe poner en cuestión los avances de la ciencia y viceversa. Nada más lejos de la realidad como veremos.

El argumento principal del libro por lo que al problema de la teodicea se refiere viene perfectamente apuntado en el prólogo del mismo. Básicamente consiste en señalar que el mundo está lleno de dolor y sufrimiento, y que una gran parte de ese dolor procede de las imperfecciones y defectos del aparente diseño de los organismos vivos. Además, dice Ayala, la Naturaleza está llena de episodios de crueldad como los que se producen por la acción de los depredadores sobre sus víctimas en todos los niveles del reino animal. Ayala habla de depredadores que "devoran cruelmente" a sus víctimas, aunque no se molesta en ofrecer una explicación ni siquiera somera de lo que debemos entender por crueldad

referida al ámbito de los animales irracionales ni qué tipo de reproche moral deben suscitar las conductas "criminales" de quienes movidos por sus instintos se aplican a dar cuenta de su destino predeterminado. Según Ayala, el Diseño Inteligente propugna que todo ello es el resultado de la acción directa de un Dios creador, el Dios bondadoso de la Revelación, lo que representa una gran contradicción ya que lo estamos haciendo responsable directo y voluntario del dolor y sufrimiento que la vida nos depara.

En la entrevista que arriba hemos reseñado Ayala llega más lejos todavía al pretender que el DI haría también culpable a Dios de las desgracias que nos sobrevienen como consecuencia de fenómenos naturales tales como terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas etc. Como conclusión Ayala postula abiertamente que la evolución es compatible con la fe mientras que el DI no lo es. La evolución, supuestamente resulta compatible con la religión porque permite explicar coherentemente el problema del mal en el mundo como algo fortuito, ajeno al designio de ninguna deidad. Ayala no distingue entre evolucionismo como idea abstracta y evolucionismo darwinista, si bien queda claro que la explicación que propugna en torno a la existencia del mal se resuelve mediante una propuesta de carácter estrictamente naturalista; la no intervención de causa divina alguna en el devenir de los acontecimientos es lo que le exime de responsabilidad en nuestros males. La propuesta del DI sin embargo, implicaría una voluntariedad y una responsabilidad directa de Dios en nuestras desgracias lo que contradiría las creencias religiosas en un Dios amoroso y providente.

La forma en que Ayala expone su argumento es de una audacia sorprendente. En el libro mencionado (pag 162) afirma lo siguiente:

“Los defensores del diseño inteligente harían bien en reconocer la revolución de Darwin y aceptar la selección natural como el proceso que explica el diseño de los organismos, así como las disfunciones, las rarezas, las crueldades y el sadismo que se hallan por todas partes en el mundo de los seres vivos. Atribuir éstos a una actuación específica por parte del Creador equivale a blasfemia. Los defensores y partidarios del diseño inteligente sin duda son personas bienintencionadas que no pretenden semejante blasfemia. Pero así es como ve las cosas un biólogo preocupado de que Dios no sea calumniado con la imputación de un diseño incompetente.”

Ayala no es el único que se ha apuntado a esta línea de argumentación, es decir, extrayendo conceptos teológicos para calificar una propuesta científica y filosófica sobre la base de criterios que pertenecen al ámbito de la teología, un ámbito que en principio es extraño a su propio discurso ya que las labores de un biólogo deberían reducirse a debatir las propuestas en el terreno de la ciencia. También el norteamericano Mark Vernon, en su revisión de 2010 del libro de Stephen Meyer "Signature in the cell" participa del mismo lenguaje. En mi propia traducción establece lo siguiente:

“Pero introducir a Dios en la cadena causal es un error de categoría y, de hecho, técnicamente una blasfemia. Ello implica que Dios es una cosa más como las demás cosas del universo. Así no estamos tratando con Dios sino con un ídolo.”

Blasfemia, calumnia a Dios e idolatría; he aquí lo que el DI se nos quiere hacer creer que significa.

Para Ayala, la ciencia, es decir, la propuesta evolucionista de naturaleza darwinista, permite disculpar los errores del creador desligando su intervención voluntaria de los eventos que, explicados de forma natural, encuentran justificación simplemente en el azar y en la determinación de las fuerzas de la Naturaleza. No debemos olvidar que este argumento tiene su contrapartida, y es que no sólo los errores son producto del azar; todo debe ser por tanto producto del azar, también las formas maravillosamente complejas de la Naturaleza y todos los seres vivos en sus estructuras fascinantes y por supuesto el ser humano que se nos haría presente en la Naturaleza como resultado de un evento fortuito no diseñado ni pretendido, carente de sentido y finalidad. La otra cara de la moneda es inevitable. Si aceptamos lo primero, venimos obligados a aceptar lo segundo. Claro que ésta es la verdadera obsesión y el interés real que persigue el biólogo Ayala y no la falsa preocupación por evitar la calumnia a un Dios en el que no cree.

Ayala nos presenta así la obra de Darwin como “el gran regalo de Darwin a la teología”. Darwin se convierte así en el salvador que viene a liberar a la teología del embarazo que supone imaginar un Dios providente que permite el mal en el mundo lo que contradiría sus supuestos atributos de omnipotencia y sabiduría amorosa. Como vemos, el argumento de Ayala en defensa de su tesis evolucionista es en realidad un argumento indirecto que pretende beneficiarse del rechazo al DI exigido a todos aquellos que albergaren convicciones religiosas. Hay que notar que Ayala no establece de manera clara las diferencias que es preciso señalar existen entre una intuición evolucionista abstracta y la forma concreta de evolucionismo neo-darwinista basada en un concreto mecanismo biológico. Puede haber argumentos o razones para sospechar como legítima la intuición evolucionista sin que dichos argumentos apoyen en un ápice el modelo darwinista de evolución. Esta reflexión es importante puesto que las conclusiones metafísicas que Ayala postula, y que son en definitiva el naturalismo ontológico y el azar y la necesidad como únicos principios causales suficientes para justificar todo lo existente, se derivan de forma coherente del modelo neo-darwinista de evolución pero no de ningún otro modelo alternativo. Por último es importante concluir que el propósito perfectamente definido de Ayala o Vernon no es otro que enemistar a los creyentes con las propuestas del DI alegando nada menos que su carácter blasfemo, una acusación sorprendente que carece de cualquier fundamento teológico y que pone de relieve la intención torticera de toda la argumentación.

Para sacar todas las conclusiones que deben derivarse de estos planteamientos vamos a hacer previamente una reconstrucción del argumento estableciendo, de entre el fárrago de sus acusaciones entretreídas en un discurso brillantemente confuso, cuál es su verdadera línea argumental deconstruída en los siguientes pasos :

1ª Sobreentiende Ayala que todo creyente afirma la existencia de un Dios personal, el Dios de la revelación, un Dios de amor, sabiduría y misericordia.

2ª Sostiene Ayala que el DI propugna la intervención permanente de este Dios en los sucesos naturales de todo tipo, incluso los desastres que provocan las desgracias que padecemos.

3º De ser así el DI estaría responsabilizando a ese Dios directamente de ser el causante consciente y voluntario de todo el mal y todo el sufrimiento existente en el mundo.

4º Puesto que esta afirmación contradice la primera ya que ese Dios dejaría de ser un Dios sabio y bondadoso, la teoría del DI no solamente debe ser considerada falsa sino también blasfema y contraria a la fe.

La primera consideración inexcusable es dejar constancia de que este trabajo no tiene propósito alguno de realizar una incursión en el campo de la teología para elaborar una argumentación defensiva en torno al problema del mal en el mundo. Bien es cierto que el argumento de la existencia del mal ha sido invocado siempre desde las posiciones materialistas y ateas como una de las razones más notables para reivindicar la inexistencia de ningún tipo de Dios personal y denunciar la falsedad de las convicciones religiosas. Por supuesto el discurso teológico no tiene por costumbre adentrarse en el terreno de las ciencias naturales y menos aún del evolucionismo. Pero por supuesto también, desde las filas religiosas la teodicea ha dado lugar a brillantes argumentaciones que han explicado sobradamente el sentido del mal en el conjunto del mensaje religioso revelado y su encaje en el discurso que justifica plenamente el plan de Dios para los hombres por lo que a su estancia efímera en este mundo se refiere. Dicho discurso gira en torno a problemas como el pecado, la existencia del maligno, la significación de la libertad del ser humano como presupuesto de su condición moral etc. No es mi intención adentrarme en ese terreno sino simplemente advertir al lector interesado que existen discursos de sobra al respecto de sobrada enjundia teológica y ante los cuáles las chapuceras alegaciones de Ayala y compañía palidecen y no pueden sino ser calificadas de burdas y perfectamente insolventes.

La teodicea tiene su propio discurso que únicamente puede ser valorado desde la asunción previa de las convicciones a-rationales de la fe. Existe por otra parte un discurso perfectamente establecido y sobradamente coherente que desactiva la pretensión de que el DI hace imposible la tarea de la teodicea. No me extenderé al respecto sobre una argumentación que ha quedado mucho más consolidada de lo que yo podría exponer aquí, por lo que me limitaré a

recomendar la lectura del trabajo que a mi entender mejor la contiene, el de William Dembski de 2003 titulado "Making the task of Theodicy imposible? Intelligent Design and the problem of evil"

Diseño Inteligente no es religión

El objeto de mi trabajo es más bien poner de manifiesto las intenciones y propósitos de quienes, exhibiendo una falsa argumentación, pretenden obtener, tanto de un público religioso como de sus jerarquías, una posición de sometimiento a postulados que en última instancia resultan contradictorios con sus convicciones religiosas. Lo que aquí se reivindica es, en primer lugar, que el discurso de la teodicea carece por completo de significación en orden a juzgar la validez científica y filosófica de las inferencias de diseño.

La primera matización que se impone es que El DI no propugna ninguna propuesta que pueda ser calificada de religiosa ni invoca de forma alguna al Dios personal de las religiones. Lo que el DI hace es discurrir en el ámbito del conocimiento racional en términos estrictamente científicos y filosóficos para concluir, como consecuencia del conocimiento ya adquirido y no desde la ignorancia, que la existencia de una causalidad inteligente es la explicación más razonable para justificar los datos de la realidad y en especial el orden en el cosmos, la vida y la aparición de las formas biológicas en el tiempo, dada su complejidad y perfección. La propuesta de una causalidad inteligente es una inferencia tradicional en la historia del pensamiento humano y tiene una naturaleza plenamente filosófica heredera del pensamiento de la Grecia clásica para justificar el orden y la belleza del Universo.

La inferencia de diseño nace en primer lugar como consecuencia del conocimiento avanzado en cosmología que nos permite saber la coincidencia inmensa de variables finamente ajustadas que deben concurrir, en desafío de cualquier cálculo probabilístico, para crear las condiciones que hacen posible la vida en nuestro planeta. Nace también como una inferencia razonable que se sustenta en los datos que la ciencia nos aporta y en especial en la complejidad especificada de los organismos vivos más elementales, de acuerdo con el discurso magistral de Stephen Meyer en su fantástico libro "Signature in the cell". Meyer nos enseña, no como una escapatoria para sobreponernos a la ignorancia sino como una inferencia obligada a partir del conocimiento científico más avanzado, que la emergencia de la vida no puede ser el resultado fortuito de un evento regido por las leyes de la física aplicadas a la materia inanimada. El naturalismo como sistema de interpretación de la realidad que presupone que todo lo que acontece es el resultado determinista de fuerzas naturales actuando sobre la materia existente carece de explicaciones para la vida. Es por eso que el principio de causalidad nos obliga a buscar esas explicaciones fuera del mundo natural que conocemos; además, las características organizacionales e informacionales de los organismos vivos detectables en términos de funcionalidad y eficacia, nos impelen a interpretar que dicha causa externa debe actuar según criterios de estricta racionalidad. Cabe añadir que es

principio filosófico generalmente admitido concebir que cuando un agente inteligente actúa lo hace, presumiblemente, con algún propósito o finalidad.

Pero la emergencia de la vida no es el único evento en el tiempo que precisa de alguna justificación más allá del ámbito de lo natural. El hecho de que los organismos vivos hayan ido apareciendo en el tiempo de forma progresiva presentando rasgos de mayor complejidad paulatinamente exige también una explicación. El naturalismo nos propone la evolución darwinista como mecanismo explicatorio. Sin embargo ahora ya sabemos que se trata de un intento fallido, que las mutaciones fortuitas no producen básicamente otra cosa que desarreglos y frustraciones y que incluso las mutaciones críticas afortunadas como las que favorecen la resistencia de los microorganismos a determinados antibióticos carecen por completo de capacidad para generar novedades biológicas. El evolucionismo darwinista carece por completo de cualquier teoría de la forma y mucho nos tememos que cualquier alternativa exclusivamente naturalista se topará con el mismo obstáculo. Por eso la teoría del DI propugna una explicación razonable para la aparición en el tiempo de las formas perfectas y la riqueza fantástica de diseño y estructuras funcionales óptimas en la Naturaleza. No nos olvidemos que la consideración de las formas biológicas como el producto de un modelo idealmente diseñado es una intuición perfectamente razonable que incluso los darwinistas más conspicuos han reconocido siempre como legítima. Vale como ejemplo el párrafo de Ayala arriba reseñado, cuando se refiere a la selección natural como el proceso que explica "el diseño de los organismos". La reivindicación de los evolucionistas ideológicos más agresivos no ha sido nunca que la apariencia de diseño en la Naturaleza suponga una intuición errónea, sino que dicha apariencia es ficticia aunque razonable, y lo es porque "la ciencia" aporta una herramienta de interpretación que convierte en superflua cualquier causalidad no natural ya que nos ofrece un mecanismo meramente natural no teleológico para justificar la apariencia de diseño: el adaptacionismo.

Ahora sin embargo sabemos que el adaptacionismo es una mera tautología, que, en opinión del filósofo norteamericano (naturalista convencido, por cierto) Jerry Fodor carece de una teoría coherente de la forma y que incurre de pleno en lo que él denomina la "falacia intencional" ("What Darwin got wrong" 2010). En términos estrictamente científicos carece de una solución capaz de explicar la configuración de genomas complejos que se comportan como unidades irreducibles de información genética, para justificar modelos perfectamente armónicos y estructurados, a menudo funcionalmente óptimos. La propuesta de acumulación de variaciones fortuitas en la secuencia de nucleótidos del ADN, es, en términos estrictamente científicos, perfectamente inconsistente. Una vez más la inferencia de diseño se nos aparece como la hipótesis más razonable para explicar la realidad.

Por supuesto este tipo de reflexiones no tiene nada que ver con la religión. La religión es el ámbito del mensaje revelado, de las convicciones heredadas por tradición a partir de revelaciones hechas supuestamente a personajes elegidos en la Historia por un Dios personal. La distinción entre el ámbito religioso y el

ámbito del discurso racional procede de la naturaleza y el origen de los mensajes así como del contenido de los mismos y de su estatus epistemológico. Los mensajes religiosos proceden de la revelación, no están basados en el conocimiento racional y además se extienden a interpretaciones de la realidad que trascienden por completo las posibilidades del conocimiento racional del ser humano. Son mensajes que se nos imponen como certezas incuestionables, que nos hablan de un Dios personal que interviene en la vida de todos nosotros y en el devenir de la Historia, un Dios personal que nos habla y nos escucha a través de la oración, que interviene de forma permanente en el curso de la Historia como creador del alma de cada ser humano y que nos ofrece posibilidades de vida eterna después de la muerte; en definitiva la religión nos habla de cosas que son inaccesibles para nuestra capacidad racional de conocer.

El DI en cambio nos habla de una causa inteligente, de una primera explicación que justifica la existencia de todo lo real pero que se nos presenta como una conclusión racional obtenida a través de un proceso de razonamiento abductivo como la explicación más razonable y que por lo tanto no tiene pretensiones de certeza sino de probabilidad. En consecuencia, esta causa inteligente se nos hace presente únicamente a partir de sus huellas en la Naturaleza y en la Historia, es una inferencia que surge a partir de los efectos de su acción creadora, toda vez que la intervención directa en los eventos principales de nuestra Historia supone también una forma de acción creadora. Hemos de interpretar por lo tanto que la creación no es únicamente la acción que provoca la emergencia de la realidad a partir de la nada sino también la transformación de esa realidad o la emergencia en el tiempo de formas y funciones que no tienen capacidad de emerger como resultado de las fuerzas no intencionales de naturaleza físico-química que condicionan el movimiento y el cambio de lo material en el cosmos. Una causa inteligente puede actuar de forma inmediata alterando el curso natural de los acontecimientos o puede actuar a través de causas naturales intermedias que confluyen, a través de su carácter limitador, en la consecución de un propósito contenido en un inicial "state of affaires".

Ambas ideas son a priori compatibles con la actuación de un agente inteligente aunque no ambas propuestas nos aportan una convicción similar en torno a la intervención de esa agencia inteligente. No hay que olvidar que la reivindicación esencial del darwinismo es que, aquello que puede ser explicado como efecto de un proceso natural, debe ser entendido como un resultado fortuito ajeno a cualquier finalidad y a cualquier causalidad inteligente. Para los darwinistas, la comprensible apariencia de diseño en los organismos vivos quedaría necesariamente reducida a un puro espejismo si el mecanismo de la mutación fortuita y la selección natural fuese un mecanismo convincente para justificar el cambio de los organismos vivos a través del tiempo. Un evento que puede ser explicado como consecuencia de un proceso natural debe ser de inmediato despojado de cualquier interpretación teleológica.

En cualquier caso, las diferencias entre la naturaleza y contenido de las convicciones que surgen del conocimiento racional en el DI y las que surgen

fruto de una revelación en el seno del discurso religioso son profundas y definitivas. Ello hace que sea fácil comprender que el DI no tiene nada que ver con las dificultades para explicar el problema del mal en el mundo, ni tiene implicación alguna de carácter moral. La figura que emerge como causa primera de todo lo contingente a partir del conocimiento científico de la realidad (es decir, el Diseñador) sólo puede, en términos del discurso del DI, estar surtida de los atributos que le pueden lógicamente y razonablemente corresponder en función de las características de la huella percibida en la Naturaleza; éstos tienen que ver con el diseño de modelos ideales (la forma biológica de los organismos vivos), y con la necesaria eficacia de su voluntad creadora. Por supuesto no existe ningún atributo moral que pueda derivarse del conocimiento racional de la realidad; la idea de un Dios amoroso y bondadoso, la posibilidad de una vida sobrenatural y de una dimensión de trascendencia para la vida del ser humano, son intuiciones que quedan por completo fuera del ámbito de estudio del DI. Podemos intuir la existencia de un agente inteligente y de un proceso intencional en el devenir del cosmos, pero no podemos adivinar todo el contenido intencional en el propósito íntimo de ese agente sobre-natural.

De hecho, para algunos proponentes del DI el límite de las intuiciones debe quedar exclusivamente relegado a la inferencia de diseño específica sin ningún otro tipo de aditamento, incluso llegando al extremo de replegarse de cualquier mención al carácter sobre-natural o mejor extra-material de dicha causa, admitiendo la eventualidad de que dicho agente causal pudiera ser incluso un ser no ajeno al Universo contingente material que conocemos.

Personalmente considero que las intuiciones del DI no pueden quedar desligadas de algunas otras intuiciones filosóficas elementales que difícilmente pueden ser descuidadas sin caer en algún tipo de vacío cognitivo que nos suponga una limitación autoimpuesta arbitraria e irrazonable. Me refiero a intuiciones elementales metafísicas como la necesidad de la existencia del ser eternamente intemporal, un concepto imprescindible para rehuir el concepto de la nada absoluta; no lo olvidemos, de la nada, nada puede salir. Me refiero también a la perspectiva aristotélica de las cuatro causas que supone una visión antrópica de concausalidad y que nos obliga a entender la inferencia de diseño como indisoluble de la idea de un ser con voluntad eficaz y, como todo agente inteligente, con una voluntad orientada a alguna finalidad. Esta idea de finalidad o de intencionalidad presente en los eventos y datos que la Naturaleza nos ofrece, surge también como una sospecha más de inferencia de una causalidad inteligente. Así por ejemplo surge al contemplar la posibilidad de episodios de transferencia genética horizontal (TGH) como mecanismo esencial de conformación de los genomas de los organismos superiores en un hipotético proceso evolutivo, o cuando se prescribe el carácter de pre-adaptación en los genomas de los organismos primitivos para interpretar el origen de los genomas de dichos organismos más complejos.

Por supuesto la idea de una acción inteligente no nos aclara cuál pueda ser la finalidad última hacia la que se mueve la voluntad eficaz de ese agente por lo que nada podemos colegir en torno a una idea de trascendencia para nuestra

vida, en el terreno del discurso racional que es donde se mueve el DI. Establecido lo cuál procede poner de manifiesto la contradicción esencial que se produce entre este tipo de reflexión y la que habitualmente se nos ofrece tanto por parte de Ayala como de todos sus correligionarios en relación al movimiento del DI. Recordemos que de manera obsesiva se desautoriza cualquier intento de defensa de inferencia de diseño alegando su falta de carácter científico y su supuesto sentido religioso. Este supuesto carácter religioso es el que pesa sobre la prohibición de enseñar el DI como alternativa al evolucionismo en la mayoría del territorio estadounidense y el que apoyó la sentencia del juicio de Dover de 2005 en la resolución ya célebre del juez Jones. EL DI debe ser rechazado, se nos dice, por su carácter religioso y por lo tanto a-científico, lo que implica expresamente que cualquier posicionamiento religioso se aparta del camino de la reflexión racional por carecer expresamente de base empírica alguna y por no poder ser sometido al rigor del método científico, es decir, verificadas sus predicciones y propuestas. Cualquiera que sea el ámbito de la religión, éste no puede bajo ningún concepto interferir en el discurso racional para juzgar, valorar, aportar criterios de validez, ni legitimar o deslegitimar nada.

Una argucia manipuladora

Pero de repente Ayala se nos desmarca con un razonamiento que contradice de lleno este discurso. Una táctica que, aparentemente, cambia su argumentación en función de las convicciones metafísicas del destinatario. Si una persona no es creyente, si es simplemente agnóstico y representa a una gran parte de una población no comprometida con la religión, entonces se utiliza el argumento de que el DI debe ser rechazado porque ofrece planteamientos de carácter religioso, porque se inspira o emana de convicciones de naturaleza religiosa, y ello a pesar de que, como hemos explicado sucintamente, se trata de una afirmación perfectamente falsa que ni siquiera se toman la molestia de justificar. Pero es evidente que si el receptor del mensaje es una persona de convicciones religiosas entonces el argumento resulta inoportuno. A una persona que es creyente no se le puede sugerir que rechace una propuesta poniendo como razón para dicho rechazo las connotaciones religiosas de la misma. Parece evidente.

Ayala lo sabe, y sabe también que el país más poderoso del mundo sigue presentando, 15 décadas después de publicarse "El Origen de las especies" una preocupante estadística en las encuestas de escepticismo popular hacia el mantra darwinista, junto a una nada desdeñable proporción de ciudadanos que reconocen algún tipo de creencias religiosas. Frente al rechazo visceral y frontal hacia todo lo religioso de autores más beligerantes como Dawkins o Dennett, Ayala ha demostrado una mayor finura y perspicacia y ha considerado un elemento esencial de la estrategia de supervivencia del paradigma darwinista conseguir de esa mayoría silenciosa popular, si no la aquiescencia explícita hacia el darwinismo, al menos sí el alejamiento de los mensajes que propugnan

la existencia de una huella de la acción creadora de una causa inteligente en la Naturaleza.

No hay que olvidar que, tal como nos ha explicado Ayala en su artículo "Darwin's greatest Discovery: design without designer" (PNAS, 2007), lo importante del darwinismo no es tanto su contenido científico sino sus implicaciones filosóficas, es decir, la posibilidad de explicar el diseño aparente en la Naturaleza sin el concurso real de un diseñador inteligente. Lo que se trata de salvar a toda costa es la huella de una acción eficaz de origen sobre-natural, y la existencia de propósito o finalidad en nuestra existencia. El azar y la necesidad, entronizados a la categoría ontológica de únicas causas naturales sirven para hacer superflua la idea de Dios y para desechar por innecesaria y no fundamentada cualquier proyección de trascendencia para nuestra existencia. En definitiva, y en palabras de Dawkins, lo esencial del darwinismo es que nos permite reivindicar ser unos ateos intelectualmente realizados.

Por eso, la estrategia de "acomodacionismo" de Ayala a las instituciones religiosas y la reivindicación de una no exclusión entre las creencias religiosas y el mensaje darwinista forma parte de una estrategia magistralmente diseñada para mantener cautivas a las fuerzas del pensamiento teológico. Como Dawkins ha reconocido a regañadientes a pesar de su enfrentamiento frontal en la religión y de sus críticas abiertas hacia los autores "acomodacionistas", al menos estos están consiguiendo que las principales jerarquías religiosas "play in our camp". Estas jerarquías religiosas vehiculan fuerzas pensantes poderosas y de gran capacidad, si no tanto mediática, sí de influencia intelectual, que Ayala hábilmente sabe mantener alejadas del DI adormecidas y condescendiendo en la complicidad con una teoría que, no solamente carece de base científica alguna sino que además constituye la piedra angular de todos los materialismos.

Pero ¿cómo actuar para conseguir una cosa tal?, ¿cómo convencerlos de alejarse de posiciones que aparentemente resultan enormemente afines, armoniosas y simpáticas con sus convicciones religiosas? La entrevista reseñada al inicio de este artículo nos indica el camino. Ayala lanza el estigma de la aberración teológica contra el DI. Siendo más precisos, en su libro "Darwin y el Diseño Inteligente", como hemos visto, Ayala establece nada menos que las propuestas del DI constituyen un acto de blasfemia; junto con la acusación de idolatría postulada por Vernon, las más graves invectivas que se puede proferir contra una propuesta para un creyente.

Lo más fascinante es considerar que las imputaciones de idolatría y de blasfemia no vienen de autoridades religiosas cuyo conocimiento del dogma y de la verdad revelada podría darles la autoridad moral requerida para espetar tan grave acusación. Lo increíble del caso es que se trata de acusaciones procedentes de personajes extraños a institución religiosa alguna, que se limitan a imponer burdamente criterios que les son ajenos, bajo la amenaza permanente de la desautorización y la negación del reconocimiento intelectual, y a espetar acusaciones que para ellos mismos en cuanto ciudadanos

esencialmente no creyentes o alejados en todo caso de la experiencia religiosa personal, o no tienen sentido o no pueden arrogarse la capacidad para juzgar y valorar adecuadamente. Dichas afirmaciones suponen un acto de abuso al amparo de su prestigio profesional, un intento insincero de manipulación de una audiencia menos formada y documentada sobre asuntos que requieren un mínimo de conocimiento científico y filosófico, y sobre todo una forma de impostura frente a las verdaderas autoridades de las religiones afectadas por este tipo de acusaciones, que asisten imperturbables a este tipo de episodios. Sorprendentemente nadie sale a la palestra para reivindicar, desde la autoridad moral de las jerarquías, un mínimo de seriedad y de sensatez y para poner en su sitio al impertinente exabrupto de un Ayala que campa por sus respetos entre los círculos religiosos, acogido amablemente al más alto nivel. Muy al contrario, se le jalea y premia con reconocimientos como el de la fundación Templeton, sin que nadie le siga al paso. Su libro "Darwin y el Diseño Inteligente" que contiene las acusaciones explícitas y literales de blasfemia para las propuestas del DI han sido recogido y reseñado muy favorablemente en una página especializada en el debate sobre ciencia y religión que se llama "Ciencia razón y fe" perteneciente a una institución católica enormemente respetable como es el Opus Dei, como un libro favorable a permitir que los mensajes religiosos puedan convivir en armonía con las creencias de tipo religioso.

Pero lo más fascinante no es el talante dominador e impositivo de la acusación; lo que mas llama la atención es el hecho de que el argumento utilizado implica una perversión inexcusable de los criterios con los que se debería juzgar y valorar una propuesta de esta naturaleza. Hemos dicho que los darwinistas buscan de forma general el rechazo del DI alegando su carácter religioso. Ello tiene sentido en la medida en que se considera criterio suficientemente establecido que las convicciones religiosas, por proceder de la revelación y tener una naturaleza a-racional no pueden formar parte del debate racional y no pueden en manera alguna contender, juzgar, valorar o legitimar o deslegitimar los propuestas científicas y sus implicaciones metafísicas. El lenguaje del discurso racional debe ser totalmente inmune al influjo de las convicciones personales de origen y naturaleza religiosa. Desde las filas del DI compartimos plenamente esta reflexión como no podía ser de otra manera, al mismo tiempo que reivindicamos para nuestras inferencias de diseño el carácter de conclusiones filosóficas que nacen del conocimiento científico profundo de la realidad, a partir del método de razonamiento que le es propio, el que corresponde a cualquier proceso inquisitivo de búsqueda de las causas a partir de los efectos perceptibles según el aforismo sobradamente conocido de "inferencia a la mejor explicación".

Pues bien, en su argumento de interpretación de blasfemias y de idolatrías, lo que se produce por parte de Ayala y sus correligionarios es una infracción flagrante de esta regla principal y básica del debate racional. En el momento en que se busca entre los creyentes el rechazo de las tesis del DI alegando que se trata de propuestas idólatras y blasfemas, lo que se está requiriendo de esos creyentes es nada menos que utilicen sus convicciones religiosas y sus creencias como argumento y justificación para rechazar propuestas de

naturaleza científica y filosófica, es decir, estrictamente racional. Ayala no se afana en explicar a los creyentes los posibles fallos que pudiera tener el discurso del DI en su argumentación racional sino en reclamar que las convicciones religiosas pudieran ser motivo y razón de peso para rechazar una propuesta, al margen del sustento racional de la misma, lo que representa un ejemplo del más perfecto cinismo por parte de quien, sin ser religioso ni pretenderlo, además ha defendido durante toda su vida la primacía del conocimiento científico como un baluarte inexpugnable frente al discurso revelado. A éste se le requiere que reconozca los triunfos de la ciencia y que acate respetuoso sus dictámenes adaptándose a la evidencia empírica sobre la que se construye un conocimiento racional que no puede ser cuestionado desde las posiciones de la religión.

La preocupación por alejar a los creyentes de las esencias y de las intuiciones del discurso del DI es de tal envergadura y la falta de argumentos legítimos para lograrlo es tan grande que, desde la prepotencia que otorga el saberse respaldado por la omnipotencia mediática de una comunidad científica sólidamente establecida al mando de los recursos y resortes económicos, académicos e institucionales, se permite arrogarse el papel de gran sacerdote para repartir diplomas y acreditaciones de ortodoxia doctrinal y condenas de blasfemia ante la mirada silenciosa, respetuosa y cabizbaja de unas autoridades religiosas sorprendentemente sumisas al discurso impositivo y petulante de este personaje.

Los descreídos adoctrinan a los creyentes

Pero si hemos mantenido que lo lamentable de este discurso de los darwinistas "acomodacionistas" es el hecho de que ellos se dedican a aleccionar e instruir sobre lo que deben pensar quienes ostentan creencias de las que ellos carecen, bien vale la pena que justifiquemos esta afirmación. Ayala, Ruse y Miller son probablemente los más destacados de entre quienes han propugnado el acercamiento entre la religión y la ciencia es decir, de quienes han propugnado que los creyentes deberían asumir íntegramente el dogma darwinista acomodando sus creencias religiosas al espíritu y las implicaciones metafísicas del darwinismo. Kenneth Miller por ejemplo, ha hecho profesión pública de sus supuestas convicciones religiosas y de su fe católica, pero esta siempre se ha visto reducida a aquello que no fuese contradictorio con el discurso científico y filosófico del darwinismo. Para que nos aclaremos de cuáles son esos límites basta con señalar que Richard Dawkins, gran sacerdote del ateísmo más beligerante, se refiere a él en una carta de 2009 escrita en relación al asunto Reiss (Royal Society de Londres) como "el mayor anti-creacionista", en términos por supuesto altamente elogiosos. No parece que el anti-creacionismo sea la mejor de las credenciales para reivindicar el papel de la religión en el debate.

Michael Ruse es otro de los autores darwinistas que ha dedicado sus esfuerzos a defender la compatibilidad de la religión y el darwinismo y lo ha hecho sobre todo en su libro "¿Puede un darwinista ser cristiano?" Ruse es confesadamente

agnóstico con lo que de nuevo queda en evidencia que su esfuerzo de acomodación no nace de un problema de conciencia que le lleve a buscar una conciliación entre convicciones personales aparente o posiblemente contradictorias. Nada de eso; Ruse no tiene fe y por lo tanto no tiene ningún conflicto personal que resolver. Su esfuerzo, como el de Ayala, está dirigido a convencer a los creyentes de que se amolden y adapten sus convicciones al único discurso que debe ser tenido por dogma inamovible: la teoría darwinista de la evolución.

Ello implica necesariamente aceptar que la evolución por mutaciones fortuitas y selección natural es "la única causa" del cambio orgánico permanente y que tan sólo el azar y la determinación de las leyes físico-químicas que rigen el cosmos pueden justificar la existencia de todo lo real, incluido por supuesto el ser humano y su fascinante dimensión de racionalidad no determinada. Claro que algunas interpretaciones inherentes al dogma religioso resultan controvertidas con la idea conciliadora de Ruse, como por ejemplo que el hombre sea el punto culminante de la creación y por supuesto que todo el proceso sea un evento intencional encaminado a una finalidad o propósito, y que la apariencia de diseño en la Naturaleza obedezca a la acción creadora concreta y personal de un Dios capaz de actuar y querer (que es lo mismo) en relación a un mundo en continuo proceso de cambio y movimiento. El darwinismo, no lo olvidemos, es en palabras del propio Ruse (pag 92 del citado libro) la apoteosis de la teoría materialista y es perfectamente reduccionista y monista. Querer reconciliarlo con las convicciones religiosas es desde luego una tarea complicada que solo se concibe realmente como posible si uno renuncia a muchas cosas esenciales al mensaje religioso.

Pero Ruse, como Ayala, no está dispuesto a hacer concesiones a las jerarquías de las iglesias cristianas y marca el camino de lo que la comunidad científica internacional está dispuesta a tolerar y lo que no. En el libro mencionado se permite afirmar de forma rotunda (pag 70) que "...la evidencia a favor de la evolución y de cierto papel importante de la selección es tan fuerte como para que los cristianos deban ser darwinistas." Y añade: "Nuestras capacidades racionales y sensoriales nos son dadas por Dios —están crucialmente implicadas en lo que significa decir que los seres humanos están hechos a imagen y semejanza de Dios— y dar la espalda a una ciencia tan firmemente establecida es teológicamente inaceptable."

Pero ¿qué significan exactamente estas palabras en boca de Ruse? ¿Realmente cree Ruse que el hombre está hecho a semejanza de Dios y que por lo tanto de dicha verdad se debe sacar algún tipo de conclusión? Nada más lejos de la realidad. Ruse es un personaje declarado pública y abiertamente agnóstico, un hombre sin fe. Por supuesto no es un ateo militante y un materialista recalcitrante, pero sí es un hombre de convicciones naturalistas que cree firmemente en el darwinismo como verdad suprema y que ha manifestado abiertamente que su fe darwinista le permite albergar racionalmente el más profundo escepticismo religioso ya que el darwinismo es la verdad científica que hace perfectamente superflua la idea de Dios. En sus propias palabras

"evolution destroyed the final foundations of tradicional belief", es decir, al evolucionismo le cabe el dudoso honor de poder ser exhibido como el antídoto perfecto para la intoxicación religiosa que ha sufrido la Humanidad durante miles de años. Si eso es así, si Ruse no tiene convicciones personales religiosas entonces ¿qué justificación tiene su afirmación categórica en torno a lo que los creyentes deben aceptar o no y en torno a lo que implica o no estar hecho a imagen y semejanza de un Dios en el que él no cree? ¿Con qué autoridad o criterio se permite definir qué es teológicamente aceptable y qué no?

¿Acaso las Iglesias cristianas no tienen teólogos y autoridades espirituales a quienes corresponde definir qué es teológicamente aceptable y qué no? Desgraciadamente, lo único que queda claro es que este tipo de manifestaciones pretenden por encima de todo establecer el límite de lo que a los teólogos les va a ser aceptable definir en torno al evolucionismo si quieren permanecer en el seno de la comunidad intelectual internacional como invitados (en cualquier caso pasivos y silenciosos) a la fiesta. Ruse, como Ayala, se permite extender la invitación para que los jefes de las principales religiones participen en la fiesta, pero en la misma se les prescribe el traje de etiqueta y los límites de lo que el protocolo oficial está dispuesto a tolerar. Los criterios teológicos los establecen ellos. Cualquier discrepancia al respecto será severamente castigada con el estigma de la descalificación y el menosprecio, así como el más severo ostracismo; los más temibles anatemas (creacionista, idólatra, blasfemo) caerán sobre los disidentes y serán expulsados del paraíso terrenal del conocimiento racional establecido por la revelación del darwinismo imperante.

De ahí que durante décadas los teólogos de las Iglesias cristianas hayan dedicado denodados esfuerzos a razonar de qué forma hacer compatible el credo darwinista con el mensaje revelado, de qué forma poder justificar su adscripción respetuosa a la propuesta científica básicamente naturalista (azar y necesidad) del darwinismo sin contradecir la idea esencial de un hombre nacido fruto del propósito expreso de un Dios creador. Pero no todo es conciliable, todavía está por ver de qué forma podemos conciliar, por ejemplo, el esquema darwinista de la especiación según el modelo de la genética de poblaciones con el dogma católico del monogenismo y el pecado original. No parece que Ayala y Ruse estén muy interesados en conciliar este rompecabezas. De hecho Ayala se ha manifestado abiertamente al respecto en contra de las tesis monogenistas desde su perspectiva esencialmente científica (ver Ruse pag 90) lo cuál por otra parte es perfectamente comprensible y legítimo. En todo caso y por tratarse de cuestiones específicamente teológicas son asuntos que quedan perfectamente fuera del alcance e interés del mensaje del movimiento del Diseño Inteligente que es en definitiva lo que nos ocupa.

Y sin embargo todavía estamos esperando el mínimo esfuerzo de los teólogos cristianos para que nos informen de si es posible ser un buen cristiano y, a pesar de lo que quieren imponernos algunos agnósticos, poder conciliar la fe con la discrepancia del darwinismo. Los creyentes tienen que asistir confusos a ver cómo los no creyentes les imponen que su fe les obliga a aceptar una

ciencia obsoleta y superada y a rechazar el resurgir en el conocimiento científico que demuestra el fracaso del darwinismo; un fracaso que desde las propias filas del evolucionismo ideológico se empieza a dar por hecho como un desenlace inevitable. Las autoridades religiosas han rendido homenaje durante décadas al discurso darwinista al dictado de personajes como Ruse y Ayala y no se han ocupado de argumentar la legitimidad de la discrepancia racional con un modelo científico jamás suficientemente contrastado.

Recordemos el libro de Susan Mazur "The Altenberg 16: an exposé of the evolution industry" (North Atlantic Books, 2009). Margulis es entrevistada por la autora y se refiere al declive del darwinismo como un hecho silenciosamente aceptado en el seno de la comunidad científica. En un momento de la conversación Margulis refiere cómo el propio Ayala le reconoce el carácter irreversible de dicho declive. No se conoce que Ayala haya desmentido las palabras de Margulis, por lo tanto, deberán reflexionar al respecto las jerarquías cristianas que han vivido al dictado de la imposición de una supuesta verdad científica inexpugnable por parte de hombres como Ayala y Ruse, que los han llevado a sus congresos, como el famoso de Roma de 2009 sobre el evolucionismo en papel estelar, que han divulgado y promocionado sus libros en los que dictan patente de idolatría y blasfemia, y definen los límites asumibles de los dogmas religiosos mientras ellos acatan respetuosos y sumisos su dictado infalible.

La difícil compatibilidad del discurso darwinista con la fe

Ruse va desgranando en su libro poco a poco las incongruencias del darwinismo con la fe. No se trata tanto de las incongruencias del darwinismo en cuanto mecanismo científico que pretende explicar el cambio biológico sino las exigencias metafísicas del darwinismo en cuanto creencia y en especial aquellas que se confrontan con las convicciones del cristianismo. Así por ejemplo deja claro que en el cristianismo el hombre es el centro de la creación y todo responde a un proceso intencional del que el hombre es la referencia central. Nada de eso es posible en una interpretación darwinista como la que él mismo propugna, en la que no hay finalidad ni propósito ni dirección en el devenir de los acontecimientos y en la que todo lo que acontece, incluida la aparición del ser racional que somos, es fruto del azar; de un azar entendido, nos dice Ruse (pag 99), no como ausencia de causa sino como ausencia de determinación. El problema es que Ruse se olvida de que todo efecto viene determinado por alguna causa, y que tal determinación obedece bien al imperio de una fuerza natural, o bien al imperio de un agente. El filósofo norteamericano Jerry Fodor lo sabe bien, y es por eso que en su obra "What Darwin got wrong" reivindica la inconsistencia del azar y el discurso adaptacionista tradicional para justificar la emergencia de las novedades morfológicas y propugna la reivindicación de "laws of form", las constricciones naturales que determinan los procesos biológicos de cambio hacia la emergencia necesaria de organismos aparentemente diseñados. La cuadratura del círculo por fin conseguida.

Pero el inconveniente más grande es que, tal como nos explica Ruse, el darwinismo exige el naturalismo ontológico, admitir todo lo que acontece se puede y se debe explicar en términos estrictamente naturales, como fenómenos que se deben al sometimiento a las leyes de la Naturaleza. Ello implica que en ningún caso se pueda aceptar la existencia de eventos en el curso de la Historia que exijan explicaciones sobre-naturales de ningún tipo, tal como preconiza en muchos casos la fe religiosa, por ejemplo, algo tan esencialmente unido al mensaje revelado como la encarnación de Dios en Jesús, su muerte y su resurrección.

Ruse expresa con toda claridad que la fe en los milagros es perfectamente irracional y anticientífica, que los relatos de los hechos milagrosos de la vida de Jesús no son sino fantasías que deben ser desechadas, que creer sinceramente que Jesús multiplicó los panes y los peces es "algo degradante", que no hay que suponer que Lázaro y la hija del jefe de la sinagoga "estuvieran clínicamente muertos" y por último que tampoco el eje central de toda la fe cristiana, la resurrección de Jesús de entre los muertos deba ser admitida de forma literal (pags 113 y 114). Jesús no estaba muerto, lo que pasa es que estaba mal enterrado. En definitiva lo que Ruse establece con claridad es que los hermanos cristianos están invitados a participar de las creencias darwinistas sin exigirles a cambio una apostasía pública, siempre y cuando tengan la prudencia de adaptar sus convicciones al marco de lo coherente con el cientificismo naturalista de un darwinismo elevado por Ruse a la categoría de apoteosis de todos los materialismos.

No es de extrañar que el historiador de la biología William Provine, darwinista coherente donde los haya, considere "deshonesto" hacer compatible la ley (naturalismo) con Dios. Para Provine el naturalismo implica pensar en un Dios que "no nos da inmortalidad alguna ni fundamento para la moral ni ninguna de las cosas que queremos del Dios de la religión" (Ruse, pag 116). Y Ruse al comentar estas palabras de Provine sentencia con una frase lapidaria cuya significación en un libro que pretende argumentar la compatibilidad del darwinismo con la fe resulta cuando menos chocante. "El darwinista honesto es ateo en la práctica, si no en el nombre."

Ruse comparte con Ayala el falso discurso del problema de la teodicea, la idea de que cualquier desafío al paradigma naturalista supone interpretar que el Dios de las religiones sería responsable directo de todos los males y desgracias que nos acechan y que ello supondría una contradicción con la idea de un Dios sabio y bondadoso. El argumento carece de recibo en términos religiosos pero no nos vamos dedicar a remachar lo que ya está suficientemente explicado; Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que se ocuparán de aclararlo. Basta sin embargo con señalar que la idea esencialmente deísta de un Dios que no interviene, ni quiere, ni impone finalidad ni propósito alguno a la Humanidad ni a la creación, es esa sí una imagen de Dios imposible de acomodar a la idea de un Dios personal y amoroso que nos sugiere la revelación. La verdadera contradicción tal como el eminente filósofo Alvin Platinga ha señalado es entre el darwinismo naturalista y la religión.

Pero por lo que al DI se refiere lo único que importa resaltar es que el DI no propugna ni define ni defiende cuál deba ser la forma de intervención creadora en el mundo del Dios de las religiones. Sencillamente por que el Dios de las religiones no forma parte del discurso del DI. Lo único que defiende el DI es la existencia de huellas o rastro de una agencia inteligente en los procesos y eventos de la Naturaleza, tales como la emergencia de la vida en un mundo inanimado regido por leyes naturales que se limitan a prescribir regularidades y constricciones al movimiento de los cuerpos pero que carecen por completo de sentido para estimular y dirigir procesos aparentemente intencionales capaces de encaminar los eventos de la Naturaleza hacia la consecución de un logro en términos de perfección formal funcional y por lo tanto en términos de progreso o acabamiento racionalmente detectable; o tales como la aparición de las novedades biológicas que representan las especies de organismos superiores en el tiempo.

Todo esto nada tiene que ver con la ocurrencia fortuita o determinista de eventos naturales tales como los que Ayala y Ruse señalan: terremotos, desgracias naturales, inundaciones etc. Este tipo de acontecimientos no forman parte de las preocupaciones de los proponentes del DI y jamás, en contra de lo manifestado torticeramente por ambos autores, ningún pasaje de un autor adscrito al movimiento del DI ha usado este tipo de manifestaciones en la Naturaleza para justificar la acción de una causa inteligente. Por supuesto el significado de estos eventos destructivos en su relación a la historia personal de los afectados, o en su conjunto de la Humanidad, es algo que cae por completo fuera del ámbito de asuntos de los que se ocupa el DI. El DI se ocupa únicamente de resaltar la existencia de una huella de diseño allí donde tal huella de diseño es perceptible y detectable. Pero eso no implica nada más que lo que se señala. Por supuesto el hecho de que haya al menos un evento, pongamos la emergencia de la vida, que exija una intervención de una agencia inteligente implica que el dogma del naturalismo ontológico queda perfectamente invalidado, aunque todos los demás acontecimientos en la historia del cosmos quedaran suficientemente explicados por causas naturales.

Pero volvamos al profesor Ayala y al sentido oculto de su falso discurso amigable hacia los creyentes. El propósito de Ayala como el de Ruse no es tampoco resolver sus conflictos personales, sino arrastrar a los creyentes, y en especial a sus jerarcas, al bando del darwinismo alejándolos con todo tipo de invocaciones de la tentación de prestar oídos al infundio pecaminoso del DI. Pero en este propósito Ayala actúa siempre con calculada ambigüedad; por una parte no reniega de su pasado religioso (fue sacerdote dominico en su juventud) pero por otra se niega a admitir desde hace muchos años, incluso a requerimiento explícito de sus adversarios en el debate, ningún tipo de convicción religiosa. Ayala habla de la fe y de los creyentes en tercera persona y a pesar de sus discursos aparentemente conciliadores es notorio y significativo que él nunca se incluye en el bando de los que tienen fe. ¿Qué tipo de religión es pues la que anima a Ayala a implicarse de esta forma en el debate entre fe y religión? Por supuesto es difícil saberlo si él mismo no nos lo

revela, pero en todo caso quizás vale la pena recordar el sentido de la religiosidad en quien fuera maestro de Ayala y su mentor e impulsor en el panorama de la ciencia norteamericana y con quien Ayala compartió muchos trabajos y sensibilidades y seguramente confidencias al respecto: hablamos de uno de los padres de la teoría sintética, el modelo definitivo del darwinismo del siglo XX, Theodosius Dobzhansky, a quien se ha puesto también siempre como modelo de conciliación entre sus convicciones darwinistas y su presumida sensibilidad religiosa en la fe cristiana de la Iglesia ortodoxa.

Pues bien, en 1977 (*Journal of Heredity* vol. 68) hacía Ayala un obituario de su maestro y se refería específicamente a esta cuestión con las siguientes palabras:

"Dobzhansky fue un hombre religioso, aunque aparentemente rechazaba creencias fundamentales de la religión tradicional, tales como la existencia de un Dios personal y de vida más allá de la muerte física. Su religiosidad se fundamentaba en la convicción de que hay una significación en el Universo. Él veía esta significación en el hecho de que la evolución ha producido la fabulosa diversidad del mundo de los seres vivos y ha progresado desde las formas primitivas de vida hasta el ser humano. Dobzhansky sostenía que, en el ser humano, la evolución había trascendido hasta el ámbito de la auto-conciencia y la cultura. Creía que, de alguna manera, el ser humano podría evolucionar hacia niveles superiores de armonía y creatividad."

Como apostillara Phillip Johnson "la religiosidad es perfectamente compatible con la evolución cuando el objeto de adoración es la evolución".

Para dejar zanjada la cuestión recurramos a las palabras inequívocas del propio Ayala con las que cierra, bajo el epígrafe "A modo de conclusión" su libro "Darwin y el Diseño Inteligente".

"La teoría de la evolución manifiesta la casualidad y la necesidad entrelazadas en el meollo de la vida; el azar y el determinismo enzarzados en un proceso natural que ha producido las más complejas, diversas y hermosas entidades del universo: los organismos que habitan la tierra, entre ellos los seres humanos que piensan y aman, dotados de libre albedrío y de poder creativo, y capaces de analizar el proceso mismo de la evolución que les dio existencia. Este es el descubrimiento fundamental de Darwin, que hay un proceso que es creativo aunque no sea consciente. Y ésta es la revolución conceptual que Darwin llevó a cabo: que el diseño de los organismos se puede explicar como el resultado de procesos naturales gobernados por leyes naturales. Esto no es sino una visión fundamental que ha transformado para siempre la manera como la humanidad se percibe a sí misma y su lugar en el universo."

Para Ayala es indudable que el ser humano no es otra cosa que el fruto de un azar fortuito. La complejidad de la vida y de la organización funcional de sus estructuras biológicas son el resultado no intencional de eventos gobernados por leyes naturales, y ello nos lleva a cambiar la forma en que nos vemos, es decir, la idea equivocada de que somos, tal como la revelación y las creencias

religiosas propugnan, un elemento central de la creación fruto de la voluntad de un Dios que nos hace a su imagen y semejanza. La creatividad aparente de la que está imbuido el Universo no reside en la inteligencia y la voluntad eficaz de una primera causa sino en el desarrollo espontáneo de procesos estrictamente naturales; la selección natural y el cosmos en su conjunto encierran una fuerza creativa maravillosa que hacen innecesaria la figura de un Dios creador.

Los darwinistas que cultivan el lenguaje conciliador con las creencias religiosas no comparten dichas creencias. Lo único que comparten es la preocupación por acercar a los creyentes a su discurso darwinista a costa de renunciar a las esencias de su fe y acomodarse a un tipo de religiosidad de raíces panteístas con el propósito fundamental de mantenerlos alejados del DI. Valga para ello la manipulación torticera de los contenidos reales de los mensajes de los autores del DI y la deformación contenida en una teodicea de pacotilla que carece por completo de rigor. Pretenden conducirles a abordar desde sus creencias religiosas y como una servidumbre de su fe, la conclusión cuando menos controvertida de que deben abrazar el darwinismo para evitar la contradicción teológica a la que les conducirían las propuestas del DI. Una reivindicación de esa naturaleza es tan inconsecuente como podría serlo el pretender defender una visión creacionista y fijista de la Naturaleza al amparo de una interpretación literal de los textos bíblicos.

El problema es que el truco funciona. Ayala y sus amigos son reconocidos y jaleados en el círculo de las instituciones eclesiásticas e incluso se les honra con la concesión del premio Templeton. Más aún, en los últimos tiempos incluso algunos filósofos considerados como neo-tomistas se han entregado a la causa de denigrar el DI desde posiciones teológicas más elaboradas con el fin de dotar del máximo rigor a la estrategia, "acomodacionista" también, de las jerarquías eclesiásticas hacia el darwinismo, intentando así responder a la artillería dialéctica que desde posiciones cercanas al DI resulta cada vez más contundente. Nos referimos a autores como Feser y Beckwith cuyas aportaciones al debate han dado por otra parte lugar a cumplidas réplicas por parte de otros filósofos implicados en el mismo. No vamos a extendernos en un asunto del que queda fiel reflejo en las hemerotecas y archivos electrónicos al uso y en el que a mi entender las reticencias de los tomistas han sido suficientemente rebatidas sobre la lógica imparable de que mal puede el DI contradecir la teología tomista ya que ésta difícilmente puede venderse como reivindicadora de un naturalismo ontológico. Incluso en este caso tampoco si tenemos en cuenta que algunos proponentes del DI aceptan incluso un proceso estrictamente natural como mecanismo posible de cambio siempre que en él se sustituya el determinismo y el azar como causas únicas del mismo por el diseño y el propósito o finalidad como elementos impulsores del proceso. En cualquier caso me limitaré a añadir una puntualización que a menudo se olvida indebidamente.

El tomismo y la teología que le corresponde se ocupan de una cierta idea de Dios procedente de la revelación y por lo tanto analizan y discuten la forma en que dicho concepto de Dios debería, o puede, o se nos antoja razonable que

intervenga o no en el curso de los acontecimientos en la Naturaleza. El DI es una reflexión absolutamente inmune a consideraciones de este tipo ya que no es deudor de ninguna idea preconcebida de un Dios creador. EL DI, lo repetimos una vez más, es una disciplina que nace del conocimiento científico de la realidad y que se eleva al discurso filosófico desde una aproximación racional que nos impulsa a querer entender esa realidad en todas sus perspectivas, indagando no solamente de qué están hechas las cosas y cómo son, sino qué son, cuál es su origen y porqué o para qué existen. Ninguna reflexión teológica que se ocupa de las intenciones o compromisos con la creación por parte del Dios de la religión tiene nada que decir en torno a la verosimilitud o acierto de una propuesta exclusivamente científica o de una reflexión filosófica que emane de ella. El DI no tiene porqué rendir tributo a Tomás de Aquino sino únicamente a la verdad que nace de la observación de la Naturaleza y de los caracteres que la conforman.

El Diseño Inteligente y la recuperación de la religiosidad como amenaza

Es por eso que la idea del mal y su significación en una visión trascendente de la vida no supone ningún inconveniente para asumir, en términos exclusivamente racionales, la coherencia de los planteamientos del DI. Pensemos en Antony Flew, el filósofo británico defensor del ateísmo materialista durante medio siglo y que al final de sus días comprendió la innegable huella de diseño inteligente en la Naturaleza. Flew había argumentado y defendido durante décadas que la postura racional más coherente era mostrarse reacio a la explicación de la existencia de Dios, en concreto a la idea revelada de un Dios bueno y misericordioso. Como él mismo explica en su célebre libro "There is a God" la percepción del mal y del sufrimiento humano, en especial la impresión que en él dejaron los años terribles de la segunda guerra mundial y la persecución antisemita fueron elementos decisivos en su rechazo a la idea de la existencia del Dios personal de las religiones.

Sin embargo, al final de su vida su pensamiento experimentó una importante metamorfosis. Impresionado por el avance en el conocimiento científico y el descubrimiento de la complejísima organización funcional de los organismos vivos Flew entendió que era de todo punto imposible explicar tal complejidad sobre la base del azar y la determinación de las leyes naturales. Era imprescindible entender que existía una causalidad inteligente en su origen. Flew se "convirtió" a un deísmo racional que no implicaba asumir la verdad revelada en todas sus propuestas ni mucho menos. La inferencia racional puede hablarnos de una causalidad inteligente y por supuesto eficaz que se hace presente en la Naturaleza dejando huella de su obra, pero nada nos intuye sobre sus intenciones y su propósito con relación a nosotros; la trascendencia y el más allá, la inmortalidad del alma y la relación personal con un Dios creador son propuestas que quedan fuera de nuestra capacidad racional de conocer. Flew se apunta al dios-primer causa de Aristóteles y los filósofos griegos

capaces de inferir una causa inteligente como la explicación más razonable; no al Dios tomista que se nos impone en sus atributos y designios fruto de un mensaje revelado como una certeza inexpugnable. Eso es lo que la inferencia de diseño puede darnos; es por eso que la significación del sentimiento del mal y el dolor carecen por completo de valor en el debate racional en torno al DI. La idea del mal animó a Flew a renegar de la idea religiosa de Dios en su juventud, pero no fue un obstáculo para entender, al final de su vida, la racionalidad de la inferencia de diseño inteligente en la Naturaleza.

El hecho de que Flew se haya convertido a un deísmo de raíces aristotélicas pero no haya dado el salto a la fe de la religión pone de manifiesto la falsedad de una de las líneas de ataque habituales al DI, éste no es una propuesta religiosa, no descansa en la autoridad del mensaje revelado y nada tiene que decir en torno a la naturaleza e intenciones de ese Dios con relación a los hombres. Sin embargo, la idea de que la huella de algún tipo de acción sobrenatural pueda ser razonablemente detectada contraría fuertemente a los defensores del paradigma darwinista. En el fondo, lo que éstos pretenden por encima de todo es rechazar y negar la existencia de una justificación racional sobre la que podría asentarse una eventual recuperación de la religiosidad en las sociedades descreídas contemporáneas. En el paradigma cientificista y materialista que se nos quiere imponer la religión queda relegada siempre a una elección personal arbitraria no argumentable. En la medida en que eso sucede, la religión confinada a los límites de una revelación a-racional no es un enemigo temible para el hombre de nuestro tiempo que exige verificaciones racionales para asentar sus convicciones. Recordemos la frase emblemática de Dawkins: el darwinismo es lo que nos permite ser unos ateos intelectualmente realizados. Los darwinistas saben que, a sensu contrario, el DI es el argumento racional que nos permitiría ser creyentes intelectualmente realizados y ésta es la temible amenaza contra la que la armada materialista necesita precaverse a toda costa.

La religiosidad es la aceptación de las convicciones religiosas como un valor positivo y respetado en el seno de una sociedad. Y la religiosidad en las sociedades contemporáneas se ha perdido de una forma general. Nuestros jóvenes rechazan y se alejan de las prácticas religiosas para no ser tenidos por ingenuos, ignorantes o supersticiosos. El mantra que se nos vende es que la ciencia es el criterio único de verdad racionalmente defendible y que cualquier convicción de tipo religioso supone una muestra de ignorancia heredera de una tradición anclada en el oscurantismo y la indigencia intelectual de los siglos pasados. Lo que no puede ser verificado medido y pesado no existe y lo que no puede ser experimentado es pura superchería. El darwinismo se nos ha presentado, en especial en las obras de autores tan emblemáticos como Mayr o Dawkins, como la verificación histórica y científica de la falsedad del mensaje religioso. La ciencia se nos propone como la única verdad razonable, y el darwinismo, como manifestación cumbre y revolucionaria del saber científico, se nos ofrece como la prueba definitiva de la falsedad de la revelación como fuente de verdad.

Pero el problema surge cuando la ciencia no termina de explicar la realidad, cuando los avances científicos lejos de corroborar las intuiciones evolucionistas del darwinismo no hacen sino asomarnos al abismo insondable de la inabarcable complejidad de la vida y de los seres vivos. Entonces es cuando la ciencia nos enseña, no desde la ignorancia precisamente, sino al contrario, desde la profundización en el más avanzado conocimiento científico, que las leyes de la Naturaleza son incapaces de justificar la complejidad organizacional y funcional de los organismos vivos más elementales y que la aparición de organismos superiores requiere una justificación de la impresionante carga informacional de sus genoma y del carácter prescriptivo de dicha información, en especial por lo que al fascinante proceso de desarrollo embrionario de los organismos pluricelulares se refiere. Las inferencias de diseño cortocircuitan el discurso materialista; la ciencia, en vez de convertirse en el aliado del materialismo se convierte en su principal detractor, la ciencia nos invita a intuir la necesidad de una causalidad inteligente y eficaz, nos enseña que la Naturaleza está imbuida de orden y finalidad. La ciencia más avanzada nos anima a pensar que todo el desarrollo de la vida sobre la tierra, cualquiera que haya sido la naturaleza del proceso, es un proceso ineludiblemente intencional.

El hombre del nuestro tiempo ya no puede recobrar el tipo de religiosidad de los tiempos pasados, una religiosidad basada en la credulidad de unas masas poco cultivadas, sometidas al dominio intelectual, cultural y moral de unas jerarquías religiosas amparadas en la infalible dominación que les confiere ser portadoras del mensaje revelado. El hombre moderno sólo puede creer en aquello que puede racionalmente respaldar. Por eso la religiosidad de los tiempos futuros descansará necesariamente sobre convicciones racionales o no será. Los materialistas saben que en la medida en que sean capaces de mantener la ficción de que la ciencia nos muestra un mundo justificable en términos exclusivamente naturalistas, en las que la apariencia apabullante de diseño queda diluida en el desengaño de un simple espejismo por el encantamiento del paradigma darwinista, la idea de Dios seguirá siendo una idea superflua, innecesaria, y como tal no podrá ser adoptada en las sociedades modernas como un valor socialmente compartido.

Por el contrario si la ciencia nos enseña que las leyes naturales son incapaces de justificar por sí solas la aparición de la vida a partir de la materia inanimada y que la emergencia de las formas biológicas perfectas, reflejo de un modelo ideal que no puede conformarse, en su patente perfección formal y optimización funcional, por efecto del mero azar, y que todo ello suscita inevitables inferencias de diseño, entonces las convicciones racionales al estilo de Flew en la necesidad de una causación sobrenatural se convierten en el terreno propicio para recuperar la religiosidad, es decir el respeto y la aceptación amistosa de las convicciones religiosas como un valor social dominante.

El DI no puede defender convicciones religiosas de ningún tipo, pero es indudable que, en la medida en que puede generalizar la simpatía hacia la idea de la necesidad de una causa inteligente mas allá del horizonte estrictamente

natural de nuestro cosmos, puede convertir nuestros valores compartidos en el terreno abonado sobre el que la semilla de la fe podría volver a fructificar y esto es algo que los materialistas no pueden ni siquiera arriesgarse a permitir. Por ello, al argumento de la teodicea no tiene en el fondo sino el propósito perfectamente establecido de alejar a los creyentes del argumento del DI, de intentar convencerles de que el DI lejos de ser un argumento racional, amistoso y coherente con sus convicciones religiosas, es un ejercicio blasfemo de idolatría. Se hace necesario suplir la falta de argumentos racionales contra él por el estímulo de impulsos o intuiciones emocionales en su contra.

En el suplemento religioso "Alfa y Omega" del diario ABC de Madrid se publicaba el 24 de Septiembre de 2009 un artículo que, bajo el título "Historia de una conversión", firmaba Javier Alonso Sandoica y trataba de la conversión al catolicismo en los últimos años de su extensa vida (103 años) del escritor alemán Ernst Jünger. De este artículo entresacamos el siguiente párrafo:

En su adolescencia, quedó marcado por las lecturas de Darwin, en las que descubrió que el hombre no es más que un pez gordo, evolucionado, eso sí, caprichoso y grandullón, pero solitario, sin un cielo ni una relación sobrenatural contra la que apoyarse. Llamó a su posición nihilismo heroico. Después de la Segunda Guerra Mundial, se dedicó a devorar ávidamente la Biblia, sin rigor pero con apasionamiento; en sus diarios relata la salida de aquel abismo negro en el que se había sumido: "Mi interés teológico pasa por el conocimiento. Debo probar la existencia de Dios para poder creer en Él. Para volver a Él he de recorrer vuelta atrás el mismo camino por el que lo perdí."

El darwinismo era el camino por el que Jünger perdió a Dios. Reencontrarlo exigía el convencimiento racional previo de su existencia. Ésta es la historia del hombre contemporáneo, queramos o no. No es muy complicado entenderlo. A las jerarquías religiosas les corresponde ahora valorar cuál es la causa que les corresponde defender, cuál es su misión en este mundo y de qué forma pueden servirla mejor.

Felipe Aizpún
Junio 2010